En torno al orónimo Moncayo

Huelga decir que cualquier lingüista o filólogo sabe cuán difícil es discriminar y elucubrar sobre hidronimia y toponimia, porque se trata de transitar por un terreno lingüístico muy resbaladizo y quebrado, perdido y situado con frecuencia en el oscuro amanecer del Neolítico o en la interminable noche de la Prehistoria, donde nos falta, la mayoría de las veces, luz y sendero para orientar los pasos.

Sin embargo ahí están, obstinadas a revelar su secreto, esas palabras milenarias arraigadas al tiempo y al espacio, algunas de ellas tan viejas como el hombre mismo, reclamando la atención de los estudiosos, para que descifren y lean su enigma y mensaje, como una esfinge más.

Sirva lo expuesto, para justificarme de que, ante las muchas dificultades de los estudios de toponimia, no intento hacer un estudio acabado del orónimo Moncayo, sino exponer a la luz de la crítica mis elucubraciones y sugerencias sobre su composición lingüística y sobre su existencia en los epigramas del poeta español M. Valerio Marcial con el nombre propio de *Caium* en acusativo.

En efecto, dos epigramas del poeta me han servido de puente para acercarme al compuesto lingüístico Moncayo.

Este poeta nos ha legado, como muestra de aprecio a su «patria chica», un selecto material de gran valor para la hidronimia y toponimia, con nombres sobresalientes como *Tagus, Bilbilis, Salo*... y el orónimo *Caium*.

Hénos aquí uno de sus pasajes que nos situará en la pista de este orónimo:

Universidad Pontificia de Salamanca

Videbis altam, Liciniane, Bilbilin,
equis et armis nobilem,
senemque Caium *nivibus*... [1].

No hay duda de que se trata de un orónimo, deducido por el sustantivo *nivibus*, el *Cayo con sus nieves*, dándonos a conocer que Marcial aprendió de los poetas latinos a asociar las nieves con los altos montes, como nos recuerda Horacio con el *Vides ut alta stet nive candidum / Soracte*...

Este es el comienzo de otro de sus epigramas, haciendo una enumeración por orden de importancia de los hidrónimos y topónimos de su tierra:

qui Caium *veterem Tagumque nostrum*
Luci, gloria temporum tuorum,
Arpis cedere non sinis disertis... [2].

Obsérvese en ambos epigramas cómo el poeta cita y enumera con cierto orden de preferencia los principales puntos geográficos de su «patria chica»: el topónimo *Bilbilis*, su ciudad natal, en las proximidades de Calatayud y a las orillas del *Salo*, identificado con el Jalón; al norte de Bílbilis, el orónimo *Caium*, con el *Moncayo*; y, con dirección suroeste, el hidrónimo *Tagus* (el Tajo).

Está patente que el poeta, a estilo y usanza de los vates griegos y latinos, intenta inmortalizar en sus versos los hidrónimos y topónimos más sobresalientes y famosos de su tierra, como son el respetuoso *Moncayo*, el aurífero Tajo, la enriscada Bílbilis y el montaraz Jalón.

Examínense también los venerandos y respetuosos epítetos *senem* y *veterem*, calificando a *Caium*, que llegan a personificarlo y a considerarlo como a un dios. Este animismo es producto de la mentalidad celtibérica de Marcial que lo arrastra al psicolingüismo de considerar al *Caium* como una palabra tabú, ya que tan sólo, a pesar de la importancia de este orónimo, lo cita dos veces en sus epigramas, frente a las numerosas reiteraciones de *Bilbilis*, *Tagus* y *Salo*.

En efecto, esa mole monstruosa de materia telúrica y de enorme antigüedad geológica, como impregnada de una

1 *Epigr.* I 49, 3-5.
2 *Epigr.* IV 55, 1-3.

Universidad Pontificia de Salamanca

fuerza misteriosa para el poeta, lo sobrecoge y le impone respeto. Por eso, cuando escribe o pronuncia la palabra *Caium,* el nombre propio del *Moncayo,* como si quisiera no ofenderlo o faltarle al respeto, le aplica los reverendos y respetuosos epítetos *senem* y *veterem.* Es necesario que la magia emanada de la pronunciación o grafía de la palabra *Caium* no irrite a esa gigantesca mole telúrica, dormida y sosegada a través de los tiempos.

En fin, esa creencia en el *numen* de los montes, de las fuentes, de los bosques etc., con su poder de maleficio o beneficio, tan propia y arraigada en las mentes de los celtíberos y pueblos primitivos, explica perfectamente el psicolingüismo de los epítetos *senem* y *veterem,* rindiendo acatamiento a las fuerzas naturales.

A continuación, para mejor entendimiento del orónimo Moncayo, hagamos un repaso de algunos puntos del sistema lingüístico de topónimos compuestos de la romanización lingüística de España, pasando por alto el tan explotado tipo de posesores y otras variedades de topónimos, que no tienen interés alguno en este artículo. Tan sólo intentamos hacer una reseña de dos tipos:

1.—Topónimos compuestos de latín + latín.

2.—Topónimos compuestos de latín + prerromano.

En el tipo de latín + latín, el primer elemento del compuesto, como norma general, representado por un nombre común, señala el género de localización, como «monte», «fuente», «puente» etc., y el segundo elemento representado por un adjetivo, especifica la cualidad o característica del lugar.

Este sistema está muy generalizado por todo el norte de la geografía española, como Mon-forte (monte fuerte), Montsant (monte santo), Fon-santa (fuente santa), Fon-sagrada (fuente sagrada), Pon-ferrada (puente de hierro) etc.

Estos topónimos reemplazan casi siempre a un topónimo prerromano o lo preceden, como ocurre con Monforte de Lemos etc.

Como paréntesis debo decir que por influencia de la fonética sandhi o sintáctica popular, a lo largo de la Edad Media, se abrevió la morfología del primer elemento del compuesto, hasta perder la moción de compuesto ante el

Universidad Pontificia de Salamanca

pueblo, por lo que terminó escribiéndose, como una palabra simple. Sólo queda la moción de compuesto para los lingüístas.

El tipo de compuestos toponímicos de latín+prerromano es el que más nos interesa para descifrar el compuesto Moncayo.

El primer elemento del compuesto en este tipo de compuestos, como acontece con el tipo de latín+latín, expresa el género de localización, mientras el elemento prerromano sirve para especificar el lugar en función de adjetivo sintético o con capacidad de nombre propio, a juzgar por el Moncayo de Marcial.

Este tipo de compuestos no es frecuente: sólo quedan restos, como en Mon-Cada (monte Cada), relegado a epónimo o gentilicio, y también en el Mont Blanc francés con el segundo elemento traducible (monte «blanco»), tal vez como restos del sustrato celta, en función de adjetivo en el actual español, francés etc.

Sin embargo en este tipo de compuestos la traducción del segundo elemento prerromano (celta, ibero, ligur etc.) de momento es de difícil traducción o totalmente inintiligible, como ocurre en el *Caium* de Marcial.

Se encuentra también el segundo elemento prerromano en topónimos perifrásticos, como Montes de Oca etc.

Por consiguiente, cuando Marcial escribía su epigramas, aún no se había operado la romanización lingüística del orónimo compuesto Mon-Cayo, porque su denominación era tan sólo celtibérica, con ausencia de la parte genérica latina «monte», como testimonia el poeta en sus versos.

La romanización lingüística del Moncayo, como toda la romanización de la franja norteña de la geografía española, fue tardía, efectuándose lentamente a través de la Edad Media, mucho después de la muerte del poeta Marcial.

Es indudable que el poeta de Bílbilis nos está presentando en sus versos la mitad de la cara de la Sierra del Moncayo tan celtibérica como en sus tiempos, mientras la Edad Media se encarga de forjar lingüísticamente la otra mitad romana.

En efecto, el segundo elemento del compuesto, el *Caium*, permanece hasta nuestros días tan íntegro como si el poe-

Universidad Pontificia de Salamanca

ta lo hubiera escrito hoy, rezumando tinta fresca, porque los topónimos se aferran fuertemente al tiempo y al espacio, resistiéndose a la metamórfosis lingüística y a la desaparición.

El primer elemento, el *Mon-* simplificado, propio de la normanización, no ofrece dudas, por ser muy corriente en la toponimia española del norte de España en los compuestos de latín + latín y con restos en los compuestos de latín + prerromano.

Por tanto, y esto es importante, no debe interpretarse el *senem Caium* ni el *Caium veterem* como un nombre propio de persona, un epónimo o un gentilicio, ni tampoco es permisible al traductor, por temor a mancharse sus guantes blancos, verterlo con reservas, porque obscurece y nuetraliza el contexto del pasaje.

En consecuencia, no me cabe la menor duda de que los epítetos *senem* y *veterem* han desorientado a los amanuenses y copistas medievales e incluso a los traductores y exegetas de los tiempos modernos sobre la interpretación y transcripción del *Caium,* ya que estos adjetivos reclaman mejor por su significado un nombre de persona que un orónimo, originando al respecto una compulsación dudosa y hasta variada en los códices.

Sin embargo, hoy, se sabe por los avances de la lingüística diacrónica que en tiempos de Marcial estos dos adjetivos podían calificar, además de las personas, a los objetos o cosas, como los orónimos. Hoy se sabe también por psicolingüismo que estos adjetivos pueden calificar a cualquier orónimo, pensando con la mente de un celtíbero de la época de Marcial: el animismo y sus consecuencias se manifiestan en el lenguaje.

Finalmente, debemos recordar, como dije al principio de este artículo, que mi estudio sobre el orónimo Mon-Cayo no es un trabajo acabado ni definitivo, ya que sólo me he reducido a identificar el *Caium* de Marcial con el orónimo Moncayo actual, exponiendo para ello mis elucubraciones y sugerencias.

Por eso, me cabe decir que el estudio de su «status» lingüístico de los dos o tres últimos siglos de la Edad Antigua y de su evolución a través de la Edad Media aportaría, a

Universidad Pontificia de Salamanca

mi juicio, un trabajo de más envergadura e importancia que mi parte expuesta, investigando, por ejemplo, cuándo aparecen los primeros testimonios escritos de su composición sintética o si existen restos de la forma perifrástica *montem Caium* etc., con lo que llegaríamos a cerciorarnos si mi identificación y la de otros toponimistas es o no verdadera. Para esto se requiere una ímproba labor de paciencia y de tiempo, muchas horas y días para cortas andaduras, a base de expolvorear papeles extraviados y perdidos en archivos y bibliotecas.

Para salvar esta laguna medieval y llevar a buen arribo el estudio del orónimo Mon-Cayo y de otros hidrónimos y topónimos, se me ofrece de momento animar a esa pléyade estudiosa de recién Licenciados en idiomas muertos y románicos a descifrar el enigma y mensaje de la esfinge hidronímica y toponímica de nuestro país, tan rica y variada en tesis doctorales.

En resumen: El *Caium* asociado y encadenado al sustantivo *nivibus*, su específica localización en cabeza y dentro de una seria enumeración y descripción de hidrónimos y topónimos y su fuerte psicolingüismo delatado por los adjetivos *senem* y *veterem* nos arrastran a pensar que el *Caium* es un orónimo con toda su integridad celtibérica y sin romanizar.

Su clara composición lingüística de latín + prerromano, tal vez de finales de la Edad Antigua y comienzos de la Edad Media, de principio perifrástica (*montem Caium*) y más tarde sintetizada y simplificada en Mon-Cayo, presenta sin lugar a dudas una clara romanización medieval del *Caium* celtibérico de Marcial.

En fin, debo decir que por distintos caminos he llegado a la misma conclusión de Georg Thiele [3] y Adolf Schulten [4] de identificar el *Caium* de Marcial con el actual Moncayo.

MANUEL G. MENENDEZ NADAYA

3 G. Thiele, 'Spanische Ortsnamen bei Martial', *Glotta* III p. 257.

4 A. Schulten, 'Bilbilis, die Heimat Martial', en *Deutsche Zeitung für Spanien* 17 n. 383; 'Martial spanische Gedischte', en *Neue Jahrbücher für das klassiche Altertum* 1913 p. 463.

Universidad Pontificia de Salamanca